

LA PAPA BIEN LAVADA

Por *Roselyn Edwards*

A FLORA le gustaba cocinar. Empezó por hacer cosas muy sencillas como cocinar alimentos que ya venían preparados, lavar papas para asarlas al horno, o usar alguna de esas mezclas que ya se compran listas para preparar tortas. A ella le encantaba hacer esas cosas. Pero más tarde, cuando la madre permitió que comenzara a cocinar usando recetas verdaderas, aquellas tareas menudas que solía hacer antes le parecían completamente pueriles. Ahora era capaz de usar recetas y hacer un buen asado vegetal, pan de maíz o bizcochos. Un jueves de tarde, al volver de la escuela, la madre le pidió que lavara algunas papas y las pusiera al horno. Pero esa tarde Flora tenía deseos de preparar algo más complicado.

-¿Cuántas tengo que lavar? -preguntó de mala gana.

-Cinco -sugirió la madre-. Prepara una para cada uno y otra adicional.

Flora miró la caja donde guardaban las papas. Había solamente seis.

-Tendrás que comprar más papas -le dijo a la madre-. Sólo quedará una.

-Entonces lava las seis -indicó la mamá-. No vale le pena dejar sólo una patata.

"Por qué habré hablado -pensó Flora para sí-. Ahora tengo que lavar dos papas extra".

Tomó entonces el cepillo y comenzó a cepillar.

Cepilló cuidadosamente la primera. Quería asegurarse de que era buena y estaba limpia. A Flora le encantaba comer la piel de las papas asadas al horno, y para comerla quería que estuviera bien limpia. Esa primera patata era bastante grande, y en uno de los extremos tenía una protuberancia que le dio una idea.

"¡YO podré reconocer esta papa entre todas las demás -pensó-, y cuando estén sobre la mesa me servirá ésta". Habiendo elegido de antemano la papa que ella pensaba comer, ya no le resultó tan aburrida la tarea de lavarla, y siguió cepillando un largo rato. De pronto la madre le preguntó si estaba terminando su tarea.

-Casi -respondió. Y entonces se apresuró a lavar las otras cinco. No estaba muy segura de que habían quedado completamente limpias, pero al fin y al cabo, después de asadas, no se notaría. Nadie, fuera de ella misma, podría ver la diferencia, y eso era lo que importaba, porque ella ya se había asegurado su papa.

Las papas ya estaban en el horno y, al asarse, despedían un aroma que saturaba el ambiente. En ese momento sonó el timbre.

-¿Quién puede llamar a esta hora? -preguntó la madre-. Hazme el favor, Flora; ve y atiende la puerta mientras corro a pasarme el peine y a ponerme un delantal limpio.

En la puerta Flora se encontró con el nuevo pastor y su esposa. Estaban visitando a los miembros de la iglesia para conocerlos.

La madre acudió entonces y los hizo sentar en la sala, y al rato Flora oyó que los invitaba a cenar.

Mientras Flora preparaba la mesa, se acordó de las papas a medio lavar. Tenía la esperanza de que el pastor y su esposa no notarían la tierrita que pudiera haber quedado en las papas. Si tan sólo hubiera sabido que tendrían visita, habría hecho un trabajo mejor.

Cuando se sentaron a la mesa, ella se sintió incómoda. Mientras lavaba las papas había planeado que, al sacarlas del horno, las colocaría en la mesa al alcance de su mano, y tan pronto como terminara la oración se serviría su papa. Pero siendo que tenían visitas, fue la madre quien puso los alimentos sobre



la mesa y cuidó de que cada fuente se pasara primero al pastor y a su esposa. Flora notó que la señora del pastor se sirvió la papa que estaba bien lavada.

En cierto sentido se alegró por ello. A lo menos, si las papas no estaban tan limpias como debieran haberlo estado, la esposa del ministro nunca lo llegaría a saber. Y si más tarde el pastor le decía que a él le había parecido que no estaban muy limpias, ella no estaría de acuerdo con él. Flora no quería que la gente se diera cuenta de que ella no había hecho bien su trabajo.

Ese día decidió no comer la piel de su papa, no fuera que le tocara una que no estuviese bien limpia. Le dio lástima perder la parte de la papa que más le gustaba, pero sencillamente no pudo comerla.

La madre lo notó y la miró extrañada. Por un instante temió que la mamá le preguntara por qué lo hacía. No quería decir una mentira, pero, ¿cómo iba a decir frente a las visitas que ella no había lavado bien las papas?

Pero había otra cosa. Aun cuando las visitas no llegaran a enterarse de que ella no había hecho bien su trabajo, Jesús lo sabía, porque se lo había visto hacer.

Por fin terminó esa terrible cena. Las visitas agradecieron a la madre por la hospitalidad que les había ofrecido, y se fueron. Flora comenzó a retirar las cosas de la mesa. Pero ahí mismo se propuso que, desde ese día en adelante, siempre haría bien su trabajo, en una forma que no sólo fuera aceptable para ella misma, o para las visitas, como el pastor, sino que también agradara a Jesús.